

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 10 de julio de 1897.

Núm. 10.

SUMARIO

GRABADO. — Retrato de Pablo Iglesias.

TEXTO. — Nuestro grabado. — Crónica, por Lázaro Vírto. — El reparto, por José Rozas. — Santificar las fiestas, por Sinesio Delgado. — La sociedad sin Estado, por Gabriel Deville. — La última huelga, por Alvaro Ortiz. — El flagelo, por Angel Silvio Novaro. — Entretenimientos.

NUESTRO GRABADO

Pablo Iglesias nació en El Ferrol el año 1850, siendo trasladado á Madrid cuando era un niño todavía. Hijo de una modesta familia obrera, y huérfano de padre en su infancia, dedicóse, como era natural, al trabajo para ayudar á su virtuosa madre á ganar el pan cotidiano, entrando al efecto en la imprenta de un célebre explotador.

Iglesias es en su instrucción, en su educación y en sus costumbres un producto del taller: nada le debe á la clase enemiga; al contrario, ésta se halla en descubierto con él por muchos años de explotación inicua.

No había cumplido aún veinte años cuando se alistó en la Sección de Tipógrafos de la Federación Madrileña de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Desde entonces Iglesias no se ha separado jamás del movimiento obrero, cualquiera que haya sido la forma adoptada por éste en sus sucesivas evoluciones.

La lucidez de su inteligencia le mantuvo constantemente al lado de aquella escasa minoría de tipógrafos internacionalistas, mientras la Sección existió, á pesar de que las corrientes de la casi totalidad de los obreros de su oficio estaban inclinadas á la importante Asociación general del Arte de Imprimir, Sociedad armónica entonces en sus ideas y cooperativa en sus procedimientos. La primera vez que Iglesias tomó parte en los trabajos de la Internacional fué en las asambleas celebradas por la Federación Madrileña para discutir el orden del día del Congreso obrero que se verificó en Barcelona en junio de 1870, y en el cual se constituyó la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

En estas asambleas demostró ya el espíritu observador que poseía. No se lanzó desde luego, como otros jóvenes lo hacían, á tratar por su cuenta y de una manera atolondrada los arduos problemas ofrecidos á la resolución del Congreso de Barcelona, sino que con una calma impropia de su edad, haciendo preguntas oportunas, afirmaciones condicionales y observaciones juiciosas, procuraba enriquecer su inteligencia con el caudal de conocimientos sociales que á la sazón poseían los internacionalistas españoles.

Sus relevantes aptitudes le llevaron bien pronto á ocupar un lugar distinguido en la Internacional, siendo elegido secretario-corresponsal de la comarca del Norte en el Consejo Federal que se constituyó en Madrid el 24 de septiembre de 1871, pocos días después de la Conferencia de Valencia.

Al propio tiempo formó parte del Consejo de Redacción del semanario socialista *La Emancipación*, fundado por algunos miembros del Consejo Federal, entre ellos Mesa.

Tanto en el Consejo como en la Redacción trabajó con incansable afán al lado de los dos Mora, Mesa, Lorenzo, Calleja, Pajés y demás individuos, jóvenes en su mayoría, que se impusieron en aquella época de agitación la tarea de organizar á la clase trabajadora y apartarla de los derroteros políticos trazados por los partidos burgueses.

Iglesias fué el encargado de presidir el célebre *meeting* de los Campos Elíseos, en el cual los internacionalistas

retaron al ministro Candau y á los diputados que habían ultrajado á la Asociación con motivo del proceso de la Internacional en las Cortes españolas.

Declarada la Internacional fuera de la ley, Iglesias continuó firme en su puesto de secretario del Consejo Federal por la comarca del Norte, ayudando á sus compañeros en la impropia tarea de resistir y denunciar las arbitrariedades autoritarias de los servidores del Poder político burgués, al propio tiempo que contestar y desvanecer la avalancha de injurias y calumnias que la Prensa burguesa — especialmente la republicana — vomitaba á diario contra la Internacional y los internacionalistas.

Tomó parte en el Congreso de Zaragoza, cele-



PABLO IGLESIAS

brado el 4 de abril de 1872, como delegado del Consejo Federal, donde, por haber sido éste trasladado a Valencia, dejó de ejercer el cargo que desempeñaba.

Referir hecho por hecho, detalle por detalle, cuanto afecta a la vida pública de Iglesias, sería obra de muchas páginas. Sucesivamente ha dado éste múltiples pruebas de su valer en el desempeño de los delicados cargos y comisiones que sus compañeros le confiaron en las organizaciones obreras.

Ejerció con admirable acierto el cargo de presidente de la Asociación general del Arte de Imprimir, en la cual ingresó con el fin de inclinarla, ayudado de algunos buenos amigos, del lado de la resistencia, empeño que logró aprovechándose de una huelga general del oficio que dió al traste con las ideas armónicas de la Asociación.

Delegado por el Partido Obrero, ha hecho una brillante campaña de propaganda en casi todas las provincias españolas, debiéndose a ella principalmente la importancia que hoy tiene en este país la organización de fuerzas socialistas.

Iglesias ha tomado parte victoriosamente en dos controversias orales con hombres significados del partido federal. Ha sufrido prisiones por sus ideas y se le ha calumniado grandemente. Su oratoria es vehemente, fluida y persuasiva. Detalla admirablemente y su argumentación es sólida. Ha asistido a todos los Congresos socialistas internacionales que se han celebrado desde 1871. Actualmente desempeña los cargos de presidente del Comité Nacional del Partido Obrero, director de *EL SOCIALISTA* y presidente del Comité Central de la Federación Tipográfica. Es incansable. De él dijo el doctor Escuder — un adversario — que otros con menos méritos han llegado a ser ministros.

CRÓNICA

Su majestad don Víctor I, rey de Vizcaya y sus arrabales, tiene metidos en un puño a sus vasallos. Allí no hay más voluntad que la suya, y lo que él ordena tiene que ser acatado sin apelación que valga.

Los socialistas vizcaínos, que se hallan en gran predicamento, a pesar de los desplantes tiránicos de don Víctor I, habían conseguido en las últimas elecciones municipales el triunfo de cuatro de sus candidatos; pero no contaban con la huéspeda, es decir, con el soberano de aquellos dominios, el cual consiguió bien pronto que fuera anulada, mediante una real orden, la elección de los cuatro nuevos concejales.

La indignación que esta medida ha producido entre los trabajadores ha sido grande, tan grande como justa, pues existe un dictamen de la Comisión provincial de Bilbao, nada sospechosa de parcialidad, en que se declara capacitados legalmente a los cuatro concejales socialistas.

¡Hasta la Prensa burguesa, exceptuando los periódicos «de la casa», han juzgado desatinada la conducta del Gobierno en este asunto!

Pero don Víctor manda, y... ¡cartucho en el cañón!

Los socialistas de Bilbao, sin perjuicio de apelar, como lo han hecho, al tribunal de lo Contencioso, celebraron el domingo último un *meeting* de protesta contra la medida gubernativa, el cual fué disuelto a media miel por el delegado de la autoridad.

También la Agrupación Socialista madrileña celebrará mañana otro *meeting* en el mismo sentido que el de Bilbao, y en otras localidades se aprestan a hacer lo propio algunas Agrupaciones.

Ya ve el Gobierno que los socialistas, no obstante las arbitrariedades que en contra suya son llevadas a cabo, se mueven sólo dentro de la más perfecta legalidad; pero si él, por ceder al capricho ó a la conveniencia de cualquier cacique, cierra a los obreros las puertas de la ley y se obstina en llevarlos por el camino de la violencia, aténgase a los resultados y no culpe a nadie de los males que por tal causa puedan sobrevenir.

No se diga que el Gobierno ha puesto cátedra de anarquismo.

Se habla mucho estos días en la Prensa de la personalidad de Eusebio Blasco.

Y la verdad es que la conducta de este hombre voluble se presta a muchas consideraciones.

Blasco ha sido demócrata, conservador, enemigo de los curas, devoto de la Virgen del Pilar, y últimamente es, *por ahora*, nada menos que socialista.

Para convencerse de este término de la evolución de Blasco hay que leer un artículo que con el título de *Socialistas*, y con la firma de ese escritor tornadizo, apareció en *El Imparcial* del miércoles de esta semana.

Pero no hay que fiarse. Eusebio Blasco, como dice muy bien un escritor que le ha retratado de cuerpo entero, es un impresionable.

Y así como hoy pondera la justicia de la causa socialista, mañana colmará de elogios a Silvela.

O elevará su preces a la Virgen del Pilar.

Ya ha empezado el desfile. La *crema* de la sociedad, la gente *comme il faut*, la *high life* — que de todos estos modos se denomina a los bienaventurados que viven a expensas del paciente Juan Traba —, nos abandona por algunos meses para ir a refrescar sus delicados cuerpos con las aguas y las brisas del Cantábrico.

Aquí no quedamos más que los pobres, las miserables abejas que trabajamos el panal de los goces sociales para que lo saboreen esos privilegiados de la fortuna que van a sentar sus reales por una temporada «a la orillita del mar».

Lo más puesto en orden sería que los que nos desercismos para hacer algo útil a los fines so-

ciales, tuviésemos en el veraneo una reparación de nuestras fuerzas gastadas.

Pero... ¡los que viven en ociosidad perpetua!...

En la sociedad actual están invertidos todos los términos.

.*.*

Para *monterillas* aficionados á hacer ley de su capricho, el alcalde que *usan* en Mieres.

El hombre, ó lo que sea, se halla tan poseído de su autoridad, que no deja á sol ni á sombra — aunque esto último no es por falta de gana — á los individuos que más se distinguen en aquella localidad por sus trabajos en favor de la propaganda socialista.

Vamos, que es un *asino*
el alcalde de Mieres del Camino.

LÁZARO VIRTO.

EL REPARTO

Ello parecerá mentira, pero aun hay gente acreditada de estudiosa y culta que atribuye la teoría del reparto al socialismo que se abre paso en estos tiempos.

No falta quien, echando en un periquete la cuenta por los dedos... de los pies, nos dice cuánto correspondería á cada habitante de España si fuese distribuida á la colectividad de los españoles la riqueza privada que existe en esta nación. Y con tal dato á la vista, nos demuestra, como tres y dos son *nueve*, que el socialismo contemporáneo carece de base científica, porque con él no pasaríamos nunca de ser unos *méndigos*.

Y esto lo dicen los que creen ahondar en la cuestión social para combatir «errores perniciosos». Otros tan ignorantes como ellos, pero más cucos, salen más fácilmente del paso diciendo que las teorías socialistas son *utopías irrealizables*. Y no hay quien los saque de ahí.

Los que hablan del reparto creen hallar en la inutilidad de éste el argumento Aquiles para echar por tierra todas las aspiraciones del socialismo, y lo que hacen es demostrar una incultura impropia de este siglo de la electricidad.

Inútil será decir á esa gente que los socialistas son bastante cuerdos para no incurrir en la tontetería de aspirar á repartirse la riqueza como buenos camaradas; que lo que pretenden es la apropiación colectiva de los medios de producción para que no haya quienes estén careciendo de lo necesario mientras otros se hallen disfrutando de lo superfluo. Aferrados á su falso prejuicio los que de tal modo se despachan á su gusto, no darán su brazo á torcer aunque se lo manden frailes descalzos.

Pero lo que más preocupa á los que traen á colación la famosa teoría del reparto es la forma en

que éste habría de hacerse para que resultase equitativo.

Porque — lo que ellos dicen — podría suceder que en el reparto de las habitaciones le tocara á uno en suerte el palacio real mientras á otro le tocaba una casa del barrio de las Injurias.

Esta teoría de la distribución, que debe de remontarse á la época aquella en que los pastorcillos bailaban delante del portal de Belén, y que parecía ya olvidada y mohosa, ha sido refrescada ahora por el *Heraldo de Madrid* en unas líneas que ese periódico ha dedicado á ponderar las *excelencias* de un libro antisocialista recientemente dado á luz por un autor poco dispuesto á pararse en pelillos.

Las líneas de referencia han dado pasto estos días á las conversaciones de los burgueses de Villabrutanda, los cuales no han encontrado palabras bastante gráficas para ponderar el ingenio y la sabiduría de los que tienen á su cargo la defensa intelectual del régimen capitalístico.

Había que oír lo que se decía en los círculos de Villabrutanda con referencia á la teoría del reparto, resucitada por gente que «se las echa» de muy *leída y escribida*.

— El *papel* tiene razón — decía un bruto ó villabrutando de aquéllos. — Si se aplicase ese procedimiento de la distribución de la propiedad se daría lugar á la comisión de una *porrada* de injusticias. Figúrense ustedes que en el reparto de carruajes me toca á mi una carreta y á otro un coche de lujo. ¿No estaría patente en esta distribución la falta de equidad?

— Ciertamente — le respondió uno de los presentes, el cual se hallaba de paso en Villabrutanda —; pero al fin y al cabo podría usted darse por muy satisfecho.

— No veo la razón.

— Pues salta á la vista.

— Entonces soy muy torpe. Pero, en fin, dígame usted por qué había de tener yo motivo de satisfacción.

— Porque con la carreta que le tocara á usted en suerte tendría usted para ir *tirando*, como el heredero del cuento.

JOSÉ ROZAS.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

La señora condesa del Abono
fué célebre, en sus tiempos, por hermosa,
y es en la actualidad la más piadosa
de todas las señoras de buen tono.

Su devoción es tanta,
que emplea su influencia omnipotente
en la tarea santa
de llevar á la gloria mucha gente;
y siguiendo esta norma
con el tesón de un padre misionero,

procura introducir una reforma
que le cuesta disgustos... y dinero.

Dos docenas de damas elegantes,
bajo su dirección, llevan á cabo
trabajos incesantes
redimiendo al obrero, al pobre esclavo
que, por causa de un amo descreído,
en su interés moral se perjudica
porque no santifica
las fiestas de guardar como es debido.

Es el bello ideal de estas señoras
un domingo sin obras ni jornales,
en que nadie trabaje ni dos horas,
como cumple á católicos formales.

Bien sabe la condesa
que es muy difícil rematar la empresa;
pero sabe también que poco á poco
puede volverse cuerdo un pueblo loco;
y tanto ha predicado, tanta gente
obedece á las damas elegantes,
que más de cien comercios importantes
se han cerrado por ellas solamente.

El domingo pasado
se levantó á las once la condesa,
pidió el almuerzo, y, al dejar la mesa,
— Que enganchen el milord — dijo al criado.
Pero pasó más tiempo del preciso
para poner al tronco el correaje,
y no daban aviso
de que estaba esperándola el carruaje.
— ¡A ver! ¿Que suba Juan! — dijo la dama,
irritada de verse mal servida.
Y entró Juan, con la cara compungida,
murmurando al entrar: — ¿Vuecencia llama?
— ¡He pedido el milord hace una hora! —
gritó, en son de reproche, la condesa;
y contestó el gallego: — ¡Pero ahora
non puedo trabajar! Soy miembru de esa
sociedad que preside la señora!

SINESIO DELGADO.

LA SOCIEDAD SIN ESTADO

I

LA SOCIEDAD ES POSIBLE SIN ESTADO

¿Qué piensan los socialistas del Estado? ¿Cómo presentan teóricamente la cuestión en el presente y para el porvenir? ¿Qué consecuencias prácticas resultan? Tales son las preguntas á que me propongo responder, y la respuesta será lo que resulta más conforme con los hechos, que son, y deben ser siempre, las bases de discusión del socialismo.

¿Qué es el Estado?

Fácil me sería hacer aquí lujo de erudición acumulando definiciones de filósofos y escritores célebres; pero me contento con elegir la de M. Charles Benoist, no sólo porque, siendo la última, resume todas las anteriores, sino también porque su autor,

destacándose por su claridad entre los demás definidores burgueses, ha sabido evitar en ella todas las confusiones encaminadas á embrollar el debate.

«El Estado — dice en su libro *La Politique*, página 19 — es la persona moral de la nación, encarnándose en las instituciones revestido de la fuerza y del derecho de constreñir; se le reconoce en estos dos signos: hace la ley y percibe el impuesto.»

El Estado, sostengo yo á mi vez, es el poder público de coerción que la división en clases crea y mantiene dentro de las sociedades humanas, y que, disponiendo de la fuerza, hace la ley y percibe el impuesto.

La única diferencia real, pero de fondo, entre estas dos definiciones está en que para la segunda, para la de los socialistas, la existencia del Estado en una sociedad está ligada á la existencia de clases dentro de la sociedad misma, viniendo á esta conclusión forzosa: suprimir las clases es suprimir el Estado; sin clases no hay Estado. En tanto que para la primera — es decir, para los teóricos burgueses — el Estado existe independiente de toda otra institución social, y en particular de las clases. M. Benoist añade — páginas 27 y 29 — que el Estado «es congénito á las sociedades humanas, que no sabrían vivir sin él», y piensa, contrariamente á nosotros, que «las comunidades primitivas, los embriones de sociedad, contienen un embrión de Estado» y que éste es una «persona moral perpetua».

Aquí encontramos, y sea dicho entre paréntesis, la pasión de perpetuidad tan acentuada en la burguesía y en los economistas decididos defensores suyos; y, según ella, en efecto, la situación que al capitalista beneficia no es más que la realización de las verdades eternas, debiendo el eterno capital estar pariendo eternamente. Los capitalistas, en su insaciable sed de agio, gritan con todo su corazón á su Dios: «*In saecula saeculorum* amontona.» Sólo que, no bastando la plegaria, por más fervorosa que sea, se hace necesaria la protección del Estado para seguir amontonando. Cuando esa protección no se ejerce en su provecho, suenan á continuación las quejas de capitalistas y teóricos, tan presurosos siempre en pronunciarse á favor de la mencionada perpetuidad.

De la teoría socialista y de la teoría burguesa, ¿cuál es la que corresponde más exactamente con la realidad? Creo poder afirmar de antemano, mientras ensayo la demostración, que es la nuestra. De mi definición del Estado resulta inmediatamente que éste no ha existido siempre y que ha habido sociedades sin él, lo que no les impidió tener una organización; que es posible una organización social sin Estado, porque éste no aparece y subsiste sino en las sociedades divididas en clases: tal es mi tesis.

Sociedades sin Estado han durado hasta nuestros días entre los indios de la América del Norte.

Estudiando á esos indios, especialmente á los iroqueses, es como ha podido Morgan, en su notable obra *Ancient Society*, hacer comprender bien las sociedades primitivas de Grecia y de Italia, sociedades que reposaron, como los indígenas, sobre la *gens*.

La obra de Morgan, magistralmente resumida y completada por Engels — *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* —, es la que me ha proporcionado los datos históricos que siguen.

¿Cuál ha sido la organización conocida entre los indios americanos, y especialmente entre los iroqueses, es decir, entre aquellos que alcanzaron la forma social más desenvuelta? Por base encontramos la *gens*, como entre todos los bárbaros cuyo modo de vivir ha podido conocerse. Bástanos saber que la *gens* era una agrupación particular de individuos que, atribuyéndose un origen común, habitaban un mismo territorio y no podían unirse sino á miembros de la misma *gens*.

Todos los miembros de la *gens* india, iguales y libres, sostenían relaciones puramente fraternales. En tiempo de paz elegían un *sachem*, revocable en todo tiempo á voluntad de los electores, y cuya autoridad, desprovista de toda facultad coercitiva, era simplemente moral. En cuanto á los jefes nombrados en tiempos de guerra, no tenían otro cargo que la conducción de las expediciones, siendo revocables como los *sachems*. La soberanía radicaba en la asamblea de los adultos, hombres y mujeres, sin distinción.

En la tribu, reunión de cierto número de *gens*, y en la federación de tribus, que constituye la forma social más desenvuelta de los indios, el poder soberano era ejercido por una reunión de *sachems*, formando, ya el Consejo de tribu, ya el Consejo federal, cuyas deliberaciones se verificaban en presencia de los miembros de la tribu ó de la federación, que tenían derecho á intervenir en el debate. Los *sachems* componentes de aquellos Consejos podían en cualquier momento ser revocados por las *gens* á las cuales pertenecían; y, además, todos los *sachems* en el Consejo de tribu, y en el Consejo federal, donde se votaba por tribu, todas las tribus, debían pronunciarse unánimemente para que la decisión fuese válida.

Así, pues, si hay aquí organización social, nada vemos que corresponda al Estado, ni como yo lo he definido, ni como lo definen nuestros adversarios, puesto que no encontramos el menor rasgo de lo que, según el economista burgués, constituye el Estado: nada de autoridad «revestida de la fuerza y del derecho de constreñir» desde que la ley, la regla, no era más que la expresión de la voluntad colectiva, manifestándose eficazmente por cada uno de los miembros, y desde que no había impuesto.

Para probar la existencia de sociedades sin Estado he citado hechos; para apoyar la existencia

del Estado desde el origen de las sociedades, Benoist se limita á afirmar — pág. 29 — que «el primer jefe militar ha sido el primer Estado». Pero si es verdad que el poder ejecutivo haya nacido por línea directa de la institución de un mando militar supremo, es falso que el jefe militar haya tenido en todos los tiempos un poder militar cualquiera fuera de la dirección de las operaciones de guerra; y es, sobre todo, falso que haya sido «el guardián del orden» en las colectividades basadas sobre la *gens*.

El orden en esas colectividades — según se ha hecho patente entre los indios citados — manteníase admirablemente por sí mismo sin ningún aparato coercitivo, no obstante el número de negocios comunes que debía reglarse, porque sus instituciones no daban lugar á ningún antagonismo entre categorías de individuos todos libres é iguales. Y se sabe qué hombres eran aquellos indios, qué cualidades morales eran las suyas — salvo el respeto del enemigo —, su energía y su dignidad.

Conviene prevenir aquí una interpretación muy acostumbrada por los adversarios del socialismo, haciendo notar que el elogio, en ciertos respectos, de las sociedades primitivas, no envuelve absolutamente una intención de regreso hacia las antiguas formas sociales. Que esos señores, tan hostiles al socialismo y tan orgullosos de su civilización, se tranquilicen: nosotros no soñamos en devolverlos á lo que ellos llaman estado natural; sería un cambio, en verdad, demasiado brusco para la mayor parte sustituir por el horror á la mentira de los indios sus desleales procedimientos de polémica.

Si me he extendido sobre los indios de la América del Norte, es porque entre ellos ha podido estudiarse en nuestros días formas sociales desaparecidas hace muchos siglos, constando de tal suerte la existencia de sociedades organizadas sin Estado. De la misma manera que las fases evolutivas — infancia, juventud, madurez, senectud —, con sus caracteres especiales, se suceden análogas para todos los hombres en quienes particulares circunstancias no detienen el desarrollo, las diversas sociedades humanas, desde el punto de vista de la familia, la propiedad, la religión, la política, pasan por estados semejantes, y van ellas también, más ó menos alejadas, por la vía de la evolución común. Y en tanto que, según expresión de Marx, «el país más desarrollado industrialmente no hace sino representar á los que le siguen en la escala industrial la imagen de su propio porvenir», á su vez los países más atrasados van haciendo lo mismo con los que lo están más todavía. Entre todos los pueblos cuyas instituciones primitivas ha podido estudiarse, se encuentra de hecho, en un momento dado, la *gens* como unidad social.

La *gens* ha existido con toda seguridad en Grecia y Roma, y detrás de la *gens* romana y la *gens* griega, tales como las conocemos, se percibe, ha

biendo solamente desaparecido más pronto, los signos característicos de la *gens* india. Así, durante los tiempos homéricos, en que, sin embargo, la *gens* se había ya modificado, mostrando los elementos de una nueva organización, se encuentra aún la soberanía de la asamblea popular y la ausencia de una fuerza pública distinta de la asamblea de los varones adultos y susceptible de volverse contra éstos. Si, al contrario, se ve despuntar la constitución de familias nobles y aparecer el germen del mando militar hereditario, es que el jefe, el *basileus*, no posee sino atribuciones militares, religiosas y judiciales; poder político y gubernamental semejante al que constituye esencialmente el Estado, no existe todavía.

¿Cómo se operó la transformación? ¿Cómo nació el Estado?

Lo que caracteriza la organización social basada en la *gens* es la solidaridad de intereses de todos sus miembros; no hay entre ellos situaciones antagónicas; por consecuencia, ni deseo de represión contra los unos, ni poder coercitivo en provecho de los otros. Nacida de condiciones sociales de una extrema simplicidad, esta organización no podía convenir á condiciones de vida más compleja. En la mejor época de la *gens* la producción era muy limitada, y los medios de existencia dependían, sobre todo, de la bondad ó de los rigores climatéricos. Pero en tanto que el llamado Nuevo Mundo estaba antes de la conquista europea casi desprovista de animales susceptibles de domesticación, el viejo mundo los poseía en abundancia, y parece que ésta ha sido una de las causas primarias más poderosas para que este último sobrepasara desde tan largo tiempo y tan prodigiosamente el grado inferior de cultura en que han permanecido los indígenas de la América del Norte.

La domesticación de los animales, su educación, la formación de grandes rebaños; más tarde nuevos descubrimientos, como el del hierro y su aplicación al trabajo agrícola, al mismo tiempo que el desenvolvimiento de diversos oficios, regularizaron y acrecieron la producción de tal suerte, que el hombre pudo producir más de lo que necesitaba. La esclavitud se hizo posible desde el momento en que las condiciones sociales realizadas exigieron mayor número de trabajadores, y entonces se convirtió en esclavos á los prisioneros de guerra á quienes los indios no supieron nunca sino matar ó adoptar.

Así se formó una categoría de familias, ya poderosas por sus riquezas, á las cuales pertenecieron las altas funciones. De un lado se encuentra entonces una minoría de privilegiados hereditarios, del otro los no privilegiados y los esclavos: he aquí la sociedad dividida en clases antagónicas. Una servidumbre, una subordinación existen, haciendo indispensable una dominación en el interior de la sociedad, en tanto que ésta y la sujeción eran desco-

nocidas é inútiles en la organización social fundada sobre la *gens*.

Y para la seguridad de un orden social que implicaba la división de la sociedad en clases, es necesaria una fuerza pública destinada á mantener el respeto de los no privilegiados. «Armado á un hombre — ha dicho irónicamente Stendhal —, y continuado oprimiéndole; ya veréis que será lo bastante perverso para volver, si puede, su arma contra vos.» Los privilegiados desconfiaron siempre de esta latente perversidad. Por eso, desde que una población está dividida en clases, la fuerza armada no corresponde al conjunto de la población masculina en estado de tomar las armas, y la fuerza constituida puede ser opuesta al resto de la población. Fuera de la fuerza armada, la fuerza pública, obligatoria para toda sociedad basada en la separación de clases, comprende los diversos medios coercitivos, como prisiones, etc., imposibles de descubrir en las sociedades cuyo soporte era la *gens*.

Para subvenir al costo de esta fuerza pública era menester que hubiese recursos, y de ahí la aparición del impuesto.

Vese, pues, cómo al lado de la influencia más ó menos predominante, de una aristocracia en la administración general y la confección de las leyes, nacen las instituciones represivas y fiscales que, según lo hemos visto, caracterizan el Estado.

Así, pues, el Estado, cuya ausencia en una sociedad puede advertirse mientras no hay clases en ella, se presenta más y más desarrollado desde que existen las clases y los antagonismos que ocasionan, producto de un orden social determinado; su duración está limitada por las circunstancias, que lo han hecho inevitable.

GABRIEL DEVILLE.

LA ÚLTIMA HUELGA

Figuraos que se ha roto
el equilibrio europeo
y las naciones presentan
frente á frente sus ejércitos;
que los jefes militares
pronuncian la voz de «¡Fuego!»
y les responden las tropas
lisamente: «¡No queremos!»;
que los soldados, unidos
por un apretado nexo,
proclaman que entre unos y otros
no hay intereses opuestos,
y que, al verse proletarios
con el disfraz de guerrero,
se pronuncian por su clase
y hacen valer sus derechos...
Pues bien: para que esto ocurra
en pro de todos los pueblos,
hay dos factores seguros,
que son la idea y el tiempo.

ALVARO ORTIZ.

EL FLAGELO

... Lo veía llegar mudo y solitario como un desesperado, y arrinconarse en su cuarto en medio de aquella peste de periódicos y de libros. Durante la noche veía salir por una rendija de la puerta una estria de luz, y no me era posible conciliar el sueño; descendía de mi lecho y corría a rogarle con las manos juntas y las piernas temblorosas como la hierba del prado.

Nadie lo habría pensado entonces. Una criatura que parecía una niña. La ingenuidad, la dulzura, la bondad encarnadas... Se había captado todas las simpatías: en la escuela, en la sociedad, en la oficina; en todas partes le querían y le mimaban.

¡Ah! ¿Nunca visteis un incendio? Una columna de humo que se eleva, una lengua roja de fuego que se retuerce en la atmósfera como un espasmo olímpico, una lluvia de chispas que empavesa el cielo; y un minuto después toda la casa crepita y se desmorona, todo el cielo arde y se ilumina con relámpagos siniestros...

El desgraciado vino un día con una cara de iluminado, un aspecto anormal, raro. — ¡Viva el socialismo! — Y arrojó un paquete de periódicos sobre la mesa. Luego pretendió enseñarme, mientras una ola de sangre bañaba sus mejillas, que el obrero es todo y que nada posee. Y mientras él hace marchar el mundo, el amo vive de su sangre y engorda. Pero cambiará: los obreros que trabajan, comerán, y los holgazanes que lo explotan, nada.

Y otras tantas locuras.

Otro día me arrastró al teatro, a una conferencia de un tal que había venido de otro pueblo; un hombre famoso; decían que era uno de los apóstoles. Me arrinconé en el palco junto a otras madres y hermanas, mirando aquel mar de cabezas que infundía terror, escuchando aquella voz que tronaba, y emocionada por aquellas salvas de aplausos que hacían vibrar el techo y las paredes. Se me erizaban los cabellos; me parecía haber vuelto al año 70, cuando era niña y gritaban por las calles: «¡Viva la revolución!» La sangre corría helada en mis venas. No podía estar un minuto sin asomar la cabeza y arrojar una mirada allá, para asegurarme de que él estaba todavía en su puesto, detrás del orador.

Me hallaba poseída de un temor extraño. ¿Cuál? ¿Que también él levantara los brazos un momento y hablara, y los vigilantes, que estaban como tigres acechando la presa, le saltaran al cuello y me lo encadenasen! ¡Basta! Cuando volvió a casa le reproché. Él, por única respuesta, me mostró pendiente de la cabecera de su cama el retrato de uno que murió en las barricadas de la *Commune* de París y me dijo: — ¿Has visto a mi amada? — Y le besó como nosotras besamos las imágenes sagradas. Yo quedé sin voz, con un nudo en la gargan-

ta, con el corazón hinchado, que amenazaba es tallar.

Por la noche, en cuanto le vió mi marido, le dijo con una cara muy seria:

— Ricardo, deja a un lado esa engañifa del socialismo.

— Te compadezco, porque eres ciego — respondió. — El socialismo es una religión. Cristo, si viviese en nuestros días, la abrazaría, consagrándole sus predicaciones. El mundo se prepara a seguirla; el porvenir es para ella. ¿Qué importa que a vosotros no os sea posible comprenderla y la despreciéis? Nosotros reímos y cantamos al porvenir.

— No es tu interés, Ricardo; es la tranquilidad de tu madre.

Y él:

— ¿Qué es el interés de uno frente al interés de todos? Y la tranquilidad de mi madre, ¿es acaso la tranquilidad de la Humanidad?

Yo le salté al cuello al oír estas palabras, gritando:

— Ricardo, ¿no me concedes más?

Y Juanita y Cosme se pusieron de pie, también llorando.

Pero él sacudía la cabeza y no me respondía; con una expresión tan dura en las pupilas, que me atravesó las entrañas. Y comenzaron las desdichas.

Su patrono le llamó aparte una mañana, advirtiéndole que si no abandonaba el socialismo no le daría más trabajo. Ganaba veinticinco duros, y para fin de año le habían prometido treinta. Pero él, nada, ni siquiera le respondió. Tomó su sombrero y se fué. Por la noche nos lo contó, sonriendo, entre un bocado y otro.

— Yo lo hubiera pisoteado; hubiera dado mi vida por quitarle aquella cabeza de las espaldas y ponerle otra que razonase.

Su padre le gritó:

— ¿Qué piensas hacer? Tu amo encontrará siempre otro empleado. Y tú morirás de hambre.

Él, tranquilo:

— ¡Qué importa! ¡Mientras viva la Idea...

Yo me enloquecía. Me preguntaba si era yo quien deliraba, o mi hijo quien perdía el juicio.

Una vez que vi correr una lágrima por su mejilla sentí renacer en mí la felicidad perdida. Pero fué un relámpago. Lo recuerdo como si fuese hoy. Un 1.º de mayo, en que él debía hablar. Yo le había pedido que no fuese; había tomado sus dos manos y se las había puesto sobre mi corazón, que se hacía trizas. Una lágrima, un relámpago. Salió sin prometerme nada, y por la noche volvió radiante, feliz, con una felicidad de apóstol satisfecho.

Encontró a su padre, que lo esperaba bramando. El jefe de Policía le había llamado para amonestarle.

— ¡No se haga el ignorante! Su hijo es un socialista exaltado. Sabemos todo: dónde, cómo y cuándo.

Y le narraron todo lo ocurrido en los cuatro últimos meses, hasta los detalles y los argumentos de sus discursos en la Sociedad obrera. El buen hombre no había sabido contestar, turbado por la emoción de la sorpresa. Estaba indignado y humillado á la vez. Volvió á casa con un aire siniestro.

— Esta vez lo descuartizo.

Ricardo se hubiera dejado descuartizar. Ni ruegos, ni lágrimas, ni amenazas le conmovían. Asistía á esas escenas con los brazos cruzados sobre el pecho, y las mejillas secas, y los ojos iluminados, fijos en el vacío, como si estuviera lejos, lejos de este mundo, en su mundo ideal.

Lo demás lo sabéis. Tres meses de sufrimientos, tres meses de infierno. ¡Y luego, como una maldición del hado, la prisión!

Estábamos en la mesa, almorzando, cuando entraron los esbirros. Su padre, al ver el uniforme, comenzó á llorar. Él, en cambio, sereno, se levantó para saludarnos. Nos abrazó y nos besó á todos, sonriendo, casi alegre, como si fuera á su boda. Quitóse una flor roja del ojal y la entregó á Juanita, besándola con labios temblorosos. Luego, al descender la escalera, se detuvo, y, volviéndose á Cosme, exclamó con una fe de apóstol y de profeta:

— ¡Te corresponde el turno!

ANGEL SILVIO NOVARO.

CORRESPONDENCIA

- V. B. — Castellón. — Se hace lo que indica.
J. R. — Mataró. — Recibidas 5 pesetas.
F. M. — Elche. — Id. 6.
M. F. — Gracia. — Id. 2.
M. O. — Alcaudete. — Id. 1.

J. C. — Barcelona. — Id. 6. Si os es fácil, mandad los ejemplares de que habláis.

J. M. — Santiago. — Recibida 1 peseta.

L. M. — Gijón. — Id. 11. Van los ejemplares pedidos.

A. C. — Roda. — Recibidas 4 pesetas. Se aumenta un ejemplar.

A. C. — Linares. — Recibida la carta. Se hace lo que indica.

ADVERTENCIA

Todos aquellos que se suscriban á esta revista desde el presente mes tendrán derecho á recibir con un 50 por 100 de rebaja los números publicados (inclusos los 9 de LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO).

Para ello deberán enviar anticipadamente una peseta — mitad del valor de los números indicados, como correspondientes á un semestre — y el importe de la suscripción.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

A la *prima-segunda*
de un *tercera* con *cuatro*
suele marchar de *todo*
algún republicano.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

Cabeza.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero,
Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, **SOMBRERETE**, II duplicado, 2.º.